

# Los gatos franceses y otras criaturas

## The French cats and other creatures

Walter Ledermann Dehnhardt<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Centro de Estudios Humanistas Julio Prado

Recibido: 22 de julio de 2025

Tanto como estudiante como ya médico sufrí *bullying*, felizmente sólo psicológico, por parte de un par de compañeros desventurados. Allá por los años setenta un importante oncólogo de mi hospital, conociendo mi pasado *microbiológico*, aparecía de tanto en tanto por mi Unidad para hacerme preguntas difíciles, siempre en presencia de otros, para dejar en pública evidencia mi ignorancia, y aunque por desgracia para él nunca lo consiguiera, no por ello dejaba de molestarme.

Una mañana llegó a Infecciosos, interrumpiendo mi visita con los internos, para preguntarme:

--¿Conoce usted la enfermedad por rasguño de gato?

--¿La *maladie des griffes du chat*? – respondí.- Los franceses la han estudiado mucho, creyendo que es bacteriana. Mollaret ha hecho miles de intentos para transmitirla de hombre a hombre usando un extracto obtenido de un ganglio infectado, sin éxito.

Mi respuesta lo frenó en seco; tragó saliva, se rehízo y me lanzó un segundo golpe:

--¿Sabía usted que en el Instituto Pasteur de París tienen un antígeno para diagnóstico serológico?

--Sí, pero no ha llegado a Chile.

--¿Y ustedes, en el Instituto Bacteriológico, no lo fabrican? Tenemos ganglios infectados, tenemos microbiólogos entrenados... ¿por qué no pueden hacer como los franceses? ¿Qué les falta, aparte de las ganas?

--Los gatos franceses – dije, ya molesto.

Todos los presentes se echaron a reír y mi agresor se fue lanzando un bufido gatuno. Ninguno encontró significado cuerdo en mi respuesta, que les pareció absurda, pero a lo que me refería yo era a algo más bien etéreo, inasible: a una diferencia histórica, étnica, de tradición y de raza, que favorecía netamente a los galos. Científicos había en Francia cuando en Chile los nativos andaban vestidos con harapos, adornados con plumas y no sabían escribir

ni leer, es decir, carecían de una cultura... ¿Cómo podía compararse nuestro decadente Instituto Bacteriológico con el *Institute Pasteur de Paris*?

### *Tumbleweed, equino mártir de la ciencia*

Como Jefe del Departamento de Inmunología en el Bacteriológico, tenía tuición sobre el predio agrícola de Lo Chena, en la zona sur de Santiago, donde estaban los criaderos de animales mayores, es decir, los cobayos y los conejos, y se mantenían los caballos empleados para la fabricación de sueros antitóxicos diftérico, tetánico y gangrenoso. Con frecuencia un hábil chofer nos llevaba en una destartada camioneta, a mi segundo y a mí, a supervisar las labores.

¿Qué hacíamos allí? Veíamos a los pobres caballos, tiesos por una sobredosis de toxina tetánica; echábamos un vistazo a las cuyeras y a los conejitos, a veces montábamos espléndidos corceles y recorriamos los caminos del fundo, terminando el paseo muy contentos y con el coxis adolorido. Así, metiéndome entre las patas de los caballos, tuve la genial idea de preparar un suero contra la *Pseudomonas aeruginosa*, bacteria oportunista que se cebaba en los niños quemados del Calvo Mackenna.

En una revista de segundo orden, de esas que hacen divulgación científica, había encontrado un trabajo argentino que hablaba de éxito con una vacuna, fabricada a partir de un supuesto toxoide. Decidí ir más lejos, no a prevenir sino a curar, administrando al enfermo los anticuerpos mediante un suero antitóxico. Preparé entonces cultivos, los filtré por bujía y obtuve un líquido transparente, de un hermoso color verde, propio de la *Pseudomonas*, bacteria que posee toxinas de todos colores, principalmente azul y verde. Me fui luego a Chena

#### Correspondencia a:

Walter Ledermann Dehnhardt  
oncemayor@gmail.com

y busqué un buen caballo para hacer el suero, pero todos estaban inmunizándose contra difteria y tétanos por el auxiliar Muñoz. Ya me marchaba, decepcionado, cuando éste, todo socarrón, me dijo:

--Hay un caballito que podría servirle...

Fui a verlo y era un esqueleto parado en cuatro patas, forrado en cuero, de sabia y triste mirada. El veterinario le miró los dientes y los remos, vaticinando que serviría. Recordando una película de Audie Murphy, que viera con mis amigos Lantadilla y Alvarez en el cine City, en una de nuestras cimarras matinales cuando estudiábamos medicina, donde el perseguido héroe encontraba en un potrero aislado a un jamelgo blanco, flaco y triste, que respondía al nombre de Tumbleweed y resultaba ser animal inteligentísimo, capaz de encontrar agua en el desierto, hacerse el muerto para engañar a los indios y correr más rápido que el corcel mejor dotado, bauticé así a mi caballo.

Comenzamos a inmunizarlo dos veces por semana con el antígeno y al cabo de un mes le hicimos la primera sangría, que demostró buen título, de modo que purificamos el suero obtenido, lo ampolletamos y lo guardamos a la espera de un infectado por *Pseudomonas*.

Más, un día aciago, llegando a Chena el socarrón Muñoz, risueño el rostro, me soltó la mala nueva de sopetón:

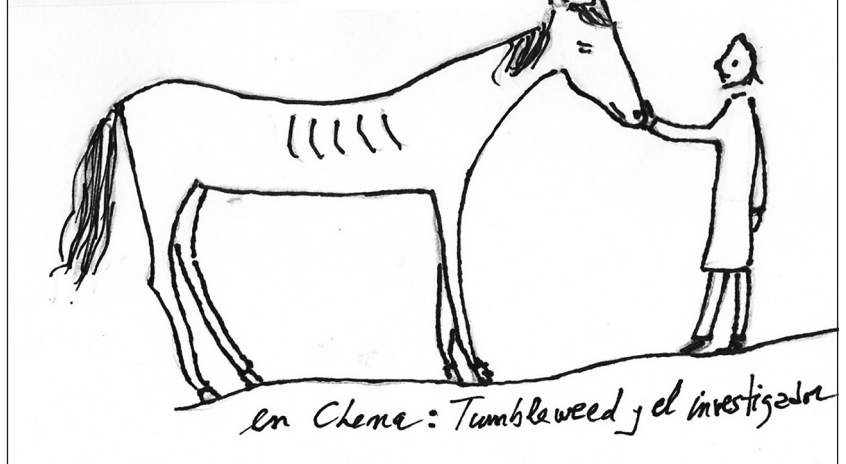
--¡Se murió su caballo, doctor! Anteayer amaneció tieso en el potrero, con las patas p' arriba y los ojos en blanco.

Lo carnearon y se comieron lo poco que podían comerle a ese esqueleto, los despiadados campesinos. No tuvo ni una triste tumba, en cuya lápida dijera, con góticas letras *Dio Su Vida por La Ciencia*. El suero anti-*Pseudomonas* quedó guardado y nunca se usó. Lo habíamos titulado por su actividad neutralizante de hemólisis, pero vaya uno a saber si servía para algo. Nunca me decidí a emplearlo, pensando en qué sería peor, si la *Pseudomonas* o una enfermedad sérica iatrogénica, para concluir con Hipócrates que *primero no dañar*.

## Los ratones blancos

Confieso haber matado en mi vida, amparado por la ciencia, mágica palabra que cubre muchos crímenes, miles de ratones blancos, *Mus musculos*, probando la vacuna anti-pertussis. Cada partida producida en el Instituto Bacteriológico era sometida a variadas pruebas. En la de toxicidad – o más bien inocuidad- se vacunaba vía subcutánea a un grupo de ratoncillos jóvenes y se evaluaba su aumento de peso en comparación con un grupo no vacunado: ambos grupos debían haber subido su peso similarmente. El *challenge* era, en cambio, una prueba brutal y traumática, comprendiendo un grupo de ratones vacunados y otro de no vacunados, inoculando a

**Tumbleweed.- ¿Por qué, convertido en Mr. Hyde, me torturas, hombre cruel ?**  
**Investigador.- Es por la ciencia....**



todos 15 días después con un cultivo vivo de *Bordetella pertussis* probadamente patógena, enviada desde Connaught, Canadá, nuestro laboratorio contralor.

¡Horror! Tomábamos a las pobres bestias con nuestra mano izquierda, sujetando la piel del lomo con la pinza índice-pulgar, en tanto que agarrábamos la cola con el meñique: así inmovilizadas, les clavábamos la aguja entre el ojo y la oreja... ¿Cómo se puede ser tan bestia?... me pregunto hoy y la ciencia no basta para disculparme. Si la vacuna era potente, es decir, protectora, debía evitar la encefalitis brutal que la bacteria, con su pertusinógeno, les causaba. Pero, ¡ay! si habían sobrevivido al trauma de la inoculación y luego al de bacteria, igual morían a manos de un verdugo que se las llevaba para ejecutarlas en lugar remoto, del cual nunca quise saber.

## El Premio Nobel

Un becado mixto de pediatría-microbiología que estaba a mi cargo, pensaba que la glomerulonefritis era causada por una "toxina nefritógena" del *Streptococcus pyogenes* y yo, entusiasmado, lo acompañé en la aventura. Con un filtrado del cultivo que contenía la supuesta toxina inoculamos un centenar o más, no recuerdo cuántos, de ratones blancos. Tiempo después los matábamos con gas del mechero y el becado los abría y les extraía los riñones, que examinaba el patólogo de nuestro hospital.

--¡Siento olor a Premio Nobel! -- exclamaba el novel investigador, pero todo salió mal: una vez un ratón abierto en canal mostró su corazón latiendo y llenándonos de espanto; por su parte el anciano patólogo se declaró incompetente y todo se desmoronó.

--¡Mala suerte! --dije al desolado becado : No era olor a Nobel sino a ratón... el producido por nuestras inocentes víctimas en su dolorosa agonía.

harto temeraria; ahora pienso que desde el cielo un ángel de la ciencia impidió que desencadenáramos, si no una pandemia, al menos un brote de peste de difícil control.

### La rata blanca

La gran rata, que llamamos “guarén”, *Rattus norvegicus domestica*, es una bestia de temer. Con el mismo becado, queriendo probar la toxicidad de una cepa de colección de *Yersinia pestis*, el hábil hombre que manejaba el bestiario metió una enorme rata en un tubo de rejilla metálica, pasando su cola por una perforación del tapón que cerraba estaba prisión, para que yo, jeringa en mano, la inoculara en la vena de la cola y... Suspenso.. Ocurrió un accidente: la rata se movió, la jeringa resbaló y pinchó el dedo del becario, quién, pálido y trémulo, me dijo:

--He leído, Gualterio, que basta una sola bacteria de esta especie, un sola célula, para causar la enfermedad.

Pero no enfermó; en cuanto a la rata, terminé de inocularla y sobrevivió meses en el bioterio, demostrando que la cepa, muchos años guardada en colección, había perdido su patogenicidad. Mi acción fue, en todo caso,

### El conejo blanco

Buscando sangre para enriquecer nuestro agar, solíamos sangrar conejos, *Oryctolagus cuniculus*, por punción cardíaca: uno se hacía muy diestro con el tiempo, pero siempre algún animalito se ponía triste y moría al cabo de unos minutos por hemorragia pericárdica y taponamiento cardíaco. Trabajando en la producción de un suero para inmunofluorescencia de *B. pertussis*, un atardecer encontré el bioterio ya sin personal que me ayudara, de modo que agarré mi conejo firmemente del cuello con la mano izquierda y luego, sujetando una oreja entre el meñique y el anular derechos, lo inoculé en la vena marginal de la oreja tomando la jeringa entre el índice y el pulgar... ¡Os desafío a intentarlo, microbiólogos del mundo entero!

Estoy cierto que a la hora de mi muerte antes de entrar al cielo deberé pasar en el purgatorio pastoreando roedores tantos años como animalitos maté en aras de la ciencia.